# Símiles y similares

1ª edición, 2026

© Felipe Ledesma Pascal

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28008 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez
Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-98-5
Depósito legal: M-24586-2026

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Felipe Ledesma Pascal

# Símiles y similares

## Tentativas sobre Platón y el juego del *logos*

Guillermo Escolar
EDITOR
Análisis y crítica

*A la memoria de Amanda Ledesma Pascal*
*(1962-2021)*

οὐ γὰρ ἐμὸν ἐρῶ τὸν λόγον ὃν ἂν λέγω
«hablaré, pero no será mío el decir que diga»
(*Apología de Sócrates*, 20e5)

οὐδεὶς γὰρ ἔκφορος λόγος
«a nadie le viene de fuera el *logos*»
(*Laques*, 201a3)

οὑτωσὶ ἔρχομαι ἐπὶ τὸν λόγον
«así me encamino hacia el *logos*»
(*Fedón*, 91b8)

χαλεπώτατον τὸ περὶ τοὺς λόγους
«lo más difícil es lo que tiene que ver con los *logoi*»
(*República* VI, 498a3)

ὅπῃ ἂν ὁ λόγος ὥσπερ πνεῦμα φέρῃ, ταύτῃ ἰτέον
«adonde, como el viento, nos lleve el *logos*, allá que vamos»
(*República* III, 394d8-9)

οὐδὲν γὰρ βλαβήσῃ, ἀλλὰ γενναίως τῷ λόγῳ ὥσπερ ἰατρῷ παρέχων ἀποκρίνου
«no flaquees y respóndele al *logos* con entereza, tal como te confías al médico»
(*Gorgias*, 475d6-7)

ταπεινωθέντες οἶμαι τῷ λόγῳ παρέξομεν ὡς ναυτιῶντες πατεῖν τε καὶ χρῆσθαι ὅτι ἂν βούληται
«sumisamente, creo, nos someteremos al *logos* y, como a quienes se marean, nos pisará y hará de nosotros lo que quiera»
(*Teeteto*, 191a4-5)

χειμαζομένοις ἐν λόγῳ καὶ ἀποροῦσιν
«extraviados en el *logos* por una tormenta»
(*Laques*, 194c2-3)

μᾶλλον ἂν ἔγωγέ σοι συμβουλεύσαιμι ἐμὲ μὲν λῆρον ἡγεῖσθαι εἶναι καὶ ἀδύνατον λόγῳ ὁτιοῦν ζητεῖν
«entonces mejor te aconsejaría que me creyeses un majadero, incapaz de buscar con el *logos*»
(*Cármides*, 176 a2-3)

πῶς [ … ] διανεῦσαι τοιοῦτόν τε καὶ τοσοῦτον πέλαγος λόγων
«cómo atravesar a nado un mar de *logoi* de tal clase y de tan gran extensión»
(*Parménides*, 137a5-6)

ἡμῖν νευστέον καὶ πειρατέον σῴζεσθαι ἐκ τοῦ λόγου,
ἤτοι δελφῖνά τινα ἐλπίζοντας ἡμᾶς ὑπολαβεῖν ἄν
«tenemos que nadar e intentar salvarnos del *logos*, con la esperanza puesta en que quizá nos sostenga algún delfín»
(*República* v, 453d9-10)

δεινοῦ πλάστου, ἔφη, τὸ ἔργον· ὅμως δέ, ἐπειδὴ εὐπλαστότερον κηροῦ καὶ τῶν τοιούτων λόγος, πεπλάσθω
«una obra así es cosa de alguien terriblemente hábil modelando; no obstante, como el *logos* es más moldeable que la cera y que otras cosas por el estilo, dala por modelada»
(*República* ix, 588d1-2)

δεῖν φαίνεται ἔμοιγε οἷόνπερ ἵππον τὸν λόγον ἑκάστοτε ἀναλαμβάνειν
«ante mí aparece el *logos* como un caballo, cada poco hay que tirarle del freno»
(*Leyes* iii, 701c5-6)

ὥστ' εἰ μακρὰ ἡ περίοδος, μὴ θαυμάσῃς
«si es largo el rodeo, no te asombres»
(*Fedro*, 274a2-3)

μέτρον δέ γε [ … ] τοιούτων λόγων ἀκούειν ὅλος ὁ βίος νοῦν ἔχουσιν
«para quienes lo comprenden, la medida que de tales *logoi* pueda oírse es la vida entera»
(*República* v, 450b6-7)

# Prólogo

Componen este libro unas cuantas tentativas de abordar la relectura de los textos platónicos reuniéndolos en torno al problema del *logos*, tan omnipresente en ellos y a la vez tan escurridizo, es decir en torno al problema de qué pueda significar esa palabra, tan difícil –si no imposible– de traducir, precisamente porque da tanto juego. En cada uno de sus capítulos se aborda, pues, ese juego del *logos* ensayando a la vez la relectura de alguno de los *Diálogos*, del que se propone una interpretación que obviamente no pretende ser exhaustiva, pero que sí evita aislar un tema o entresacar ciertos pasajes dejando de lado el resto y aspira a no perder de vista el conjunto, por más que el aspecto que de él se ofrece sea inevitablemente parcial. Y lo es sin duda en varios sentidos. En primer lugar, porque estos ensayos o tentativas de interpretación no son la parte visible de un trabajo aún no escrito, pero que podría llegar a estarlo, en el que se recogiese una visión completa y omnicomprensiva de la obra platónica, sino que su manera mucho más modesta de no perder de vista el conjunto consiste más bien en que se limita a ofrecer algunas pistas que quizá sean útiles para seguir leyendo y releyendo, lo que en cualquier caso está aún por ver. En segundo lugar, también es parcial porque no muestra más que uno de entre los aspectos posibles con que nos aparecen unos textos que, por su propia índole, no dejan de presentar muchos, como es notorio desde antiguo y como bien atestigua la cantidad y variedad de interpretaciones que se han sostenido y se sostienen de los escritos platónicos, hasta el punto de que –a diferencia de otros o, en todo caso, mucho más que otros– dan la impresión de ser un espejo en el que se reflejan quienes los van leyendo y comentando. Precisamente por ello, que dichas interpretaciones nos resulten en su mayor parte insatisfactorias no ha de llevarnos a creer que podamos decir sobre los textos la última palabra. Pero tampoco vamos a renunciar a releerlos desde nuestra propia perspectiva; y no solamente porque es la nuestra, sino también porque lo que se ve desde ella quizá no se vea desde otras; de ahí que probablemente sea de alguna utilidad comunicarlo y someterlo a discusión. Por último, su parcialidad se asemeja a la de las piezas de un rompecabezas que nunca deja de estar a medio armar: cada una de ellas es menester ensamblarla con el resto, pero no podemos evitar que encaje mejor con algunas y peor con otras, por más que tampoco sería

muy difícil de conseguir que todas terminasen por encontrar acomodo a menor o a mayor distancia de las primeras.

Cada capítulo de este libro es, como digo, una tentativa o ensayo de relectura, hasta cierto punto desgajable de los demás, pues en casi todos los casos cada uno de ellos aborda uno de los *Diálogos*, de modo preferente o en exclusiva, y se ciñe a un tema distinto. De hecho, la mitad de ellos es el resultado de reelaborar y ampliar trabajos que ya estaban publicados en una versión anterior, notablemente más breve y quizá menos osada. Pero todos se han gestado dentro del mismo intento, que es el de repensar qué sea eso del *logos* con la ayuda de los *Diálogos*. Por ello forman todos juntos un libro. No tanto porque aspiren a alguna forma de sistematicidad, ni menos aún porque formen un conjunto completo, sino más bien porque son entre sí complementarios y a menudo se entrecruzan y se remiten los unos a los otros; pero sin esconder que no siempre encajan bien entre sí. Cada uno de ellos es un ensayo o tentativa de vérselas con el juego del *logos* tomándolo por uno de sus lados y explorándolo por una vía distinta. En todos por igual he intentado ceñirme a los textos buscando en su detalle lo que hace tan problemáticas sus traducciones –y no solamente de la palabra *logos*, claro está–, con el fin de dejar en suspenso nuestra tendencia a comprenderlos con arreglo a lo que ya de entrada nos resulta sin más comprensible y de aprovechar así el inmenso potencial que tienen para desestabilizar nuestra propia comprensión. He procurado tener a la vista cuantas me ha sido posible consultar y muchas veces cito los textos por alguna de ellas, con o sin modificaciones, pero otras muchas también he optado por asumir el riesgo de darla yo mismo –cuantas veces no indico lo contrario– y de aventurarme a poner entre comillas ciertas palabras en lengua castellana atribuyéndoselas a Platón, lo que no es sin duda poco atrevimiento. En ocasiones, he encontrado preferible la paráfrasis, obviamente sin entrecomillarla, que no tiene por qué ser, sin embargo, más infiel a lo que dice el texto –teniendo en cuenta sobre todo que lo que dice el texto, eso es siempre lo problemático–. Con respecto a las demás citas, he preferido no hacerlas en su lengua original y traducirlas yo mismo, salvo las que he tomado de alguna traducción publicada, lo que en su caso hago constar.

Junto a su división en capítulos, agrupados en cuatro partes sucesivas –la primera, a modo de introducción–, este libro se divide claramente en dos mitades, que fluirán simultáneamente, si se lee saltando de la una a la otra, o se mantendrán separadas, si se prefiere prescindir de las muy abundantes notas. El texto principal pretende ser el de un ensayo que se

deja leer de corrido, sin distraerse por las discusiones entre especialistas e intérpretes y sin que se requieran conocimientos de lengua griega, pero sin perder de vista los *Diálogos* en ningún momento. Ambas cosas se reservan para la otra parte, llena de referencias al texto griego –citado siempre con arreglo a la edición oxoniense– y a mucho de lo que se ha publicado sobre Platón, cuya cantidad es, sin duda, desmedida y por completo inabarcable, lo que me obliga a comenzar pidiendo disculpas por contribuir a aumentarla. Quienes se asomen a este libro quizá encuentren que en esta segunda mitad la erudición resulta excesiva para un ensayo en el que, a su manera, se reflexiona acerca de lo más común y corriente, sobre qué sea eso de hablar y entenderse hablando, o que, por el contrario, es más bien en la primera donde falta el comedimiento que cabría esperar en un libro que se va abriendo paso por entre la selva –y por qué no decirlo también, entre el guirigay– de los estudios académicos. Solo puedo decir en mi descargo que he intentado mantener un ten-con-ten entre los dos extremos contra los que nos previene Agustín García Calvo a propósito de la lectura de Heráclito: «venir a dar en lo trivial y dominante» o «encerrarse en el cerco mágico de la erudición»[1]; y que he preferido dejar lo más claro posible por qué se me aparece que la tarea de la filosofía en el presente y la relectura de los textos platónicos no son dos cosas que vayan muy separadas y que, para explicarme con mayor eficacia, era conveniente anotar en cada caso por qué me alejo de otras muchas interpretaciones, así como dar cuenta de las similitudes o proximidades que he encontrado en muchas otras. No sabría decir con cuál de los dos grupos es mayor mi deuda.

Belmonte de Miranda, febrero de 2025

# Primera parte

# El juego del *logos* en el juego de los *logoi* platónicos

# Capítulo i

## Platón como problema

> Puesta la mano sobre el corazón, seamos últimamente sinceros y no nos finjamos entenderle. Confesemos que Platón nos resulta mucho más difícil de entender que cualquier otro filósofo de entre los de mayor excelencia.
> [José S. Lasso de la Vega, «El diálogo y la filosofía platónica del arte», p. 3]

### 1. Releer a Platón: sí, pero ¿cómo?

Uno de los motivos que pueden llevarnos a leer y releer muchas veces los textos de Platón –al margen del afán de acumular méritos académicos o de otros aún menos confesables– y a darles muchas vueltas, como si de su interpretación dependiese nuestra vida, es toparnos con la fuerza arrolladora que sin duda tienen, de modo similar a como el empuje del viento atrae una y otra vez a quienes creen que navegar es más necesario que vivir. Y es que, al seguir el hilo de los *Diálogos*, nos vemos removidos en lo más hondo. Primero, porque nos llevan de perplejidad en perplejidad. Segundo, porque nos fuerzan a percatarnos de lo que de puro evidente solemos pasar por alto. Claro está que, para que esto ocurra, tendremos que contrarrestar la tendencia que espontáneamente nos lleva a fiarnos en nuestra relectura de lo que suele llamarse el sentido común, que puede hacernos entender lo que leemos de un modo ingenuo, a favor –en vez de a la contra– de nuestros propios prejuicios, de tal modo que sin darnos cuenta estemos así renunciando a lo que estos textos podrían enseñarnos.

Una costumbre inveterada nos lleva a leer los textos platónicos interpretándolos de acuerdo con ciertos presupuestos o principios hermenéuticos que se ponen en cuestión pocas veces y que a menudo se asumen sin hacerlos explícitos, quizá porque se tengan por obvios e indiscutibles. Voy a permitirme enunciar ya desde un comienzo cuatro de ellos, que se me presentan con claridad bastante y a los que ya anuncio que trataré de resistirme, para, en la medida en que pueda, no ceder a su poder

de seducción y procurar dejarlos en suspenso, aunque estos cuatro no agoten eso que llamamos el sentido común, que tan ladinamente orienta nuestra comprensión de lo que leemos y ante el que habremos de mantenernos siempre alerta. Precisamente por contraste con ellos intentaré explicar los propósitos y las líneas maestras de estas tentativas sobre Platón y el juego del *logos*; propósitos y líneas maestras que solo en su desarrollo y en su aplicación a la relectura de ciertos textos podrá juzgarse si resultan pertinentes, fecundas y orientadoras o si son justamente todo lo contrario. A estos cuatro principios o presupuestos interpretativos ante los que me propongo tomar distancia, aunque no sea nada fácil, porque actúan sobre quienes leemos sin pedir la venia, voy a darles un nombre, simplemente para facilitarnos la tarea, pero esperando que los nombres no sean contraproducentes y no sirvan más bien para encubrir la cosa misma. Me referiré a ellos mediante estos cuatro calificativos: *hagiográfico*, *biográfico*, *doxográfico* y *autográfico*, aunque sin pretensión ninguna de establecer terminologías.

## 2. Platón, el inclasificable

Comenzaré por el que se ha puesto en cuestión de un modo más explícito: el que podemos llamar *presupuesto hagiográfico*. Según este principio, hay que interpretar los textos de tal modo que Platón y Sócrates queden siempre en buen lugar: que no defiendan nada que encontremos indefendible, ni empleen para ello medios que tengamos por deshonestos o inapropiados; cuando menos, que la intención que los mueve sea siempre buena, de tal modo que si, por ejemplo, cometen errores o se sirven de argumentos tramposos habrá que decidir si, para salvarlos mejor, interpretamos que no son conscientes de ello o si, por el contrario, *sí lo son y* por este medio persiguen no obstante un buen fin[1]. Sócrates es un modelo de nobleza e integridad moral más allá de cualquier sospecha, un ejemplo vívido de «armonía entre vida y creencias»[2], tal y como nos lo presentan los *Diálogos* de Platón, por lo que estos han de ser leídos asumiendo la fidelidad absoluta de su autor y de sus textos a dicho modelo. Ahora bien, ¿el personaje de Sócrates no es ante todo el de un estrafalario, un hombre ocioso que suele rodearse de adolescentes guapos, cuya conversación llena de menudencias, prolija, incisiva, incluso impertinente, resulta a casi todo el mundo fastidiosa y que termina haciéndose matar para cargarse de razón? En cualquier caso, la actitud del personaje Sócrates, su manera de examinar a otros personajes, como él mismo dice, sus ocasionales ausencias, la señal demónica a la que atribuye algunas de sus decisiones, su costumbre

de hablar sin que se sepa nunca si lo hace en serio o si está tomándole el pelo a todo el mundo, no dejan de asombrarnos e incluso de ponernos en aprietos, pues su conducta no es la que esperábamos de alguien a quien calificamos de verdadero filósofo. Salvo que lo llamemos filósofo precisamente por su carácter heteróclito[3].

Pero no se trata solo de Sócrates. Comencemos por reconocer con franqueza que Platón mismo tiene mucho de enigmático, de atípico e inclasificable y que no deja de asombrarnos una y otra vez, hasta el punto de que con frecuencia no sabemos a qué atenernos. En sus *Diálogos*, a cada poco nos sale al paso algo que no termina de entenderse, porque no encaja bien en el conjunto y nos deja con la sospecha de que en realidad no hemos llegado a comprender lo que dábamos por comprendido desde hace mucho; algo que ni siquiera se compadece con lo que esperábamos encontrarnos a la vista de cuanto llevábamos leído[4]. Cuando creíamos tener claro de qué habla y qué dice y qué defiende, y sobre todo de qué lado está, nos sorprende con el pie cambiado y nos deja con la sospecha de si no se estará burlando de quienes lo leemos, o cuando menos de si no nos estará poniendo a prueba. Por mucho que lo leamos, nos resulta rigurosamente ilegible, si es que de verdad nos proponemos leer sus escritos con la intención de no hacerles violencia al traducirlos e interpretarlos, para imponerles a toda costa nuestros prejuicios; especialmente el prejuicio que busca en ellos la lucha entre el bien y el mal, es decir el combate que a brazo partido libra la filosofía contra la malvada sofística, ayudada esta última por sus arteros compinches, la retórica y la poesía. Comencemos por reconocer que Platón nos es ante todo alguien más bien raro, sumamente enigmático, atípico e inclasificable; para lo que es necesario que dejemos de leerlo como si fuese uno de los nuestros o como si por leerlo perteneciésemos sin más al grupo de sus incondicionales, como si formásemos parte de su hinchada[5]. En lugar de forzarlos, ¿no es preferible dejar que los textos nos hablen libremente, aun a riesgo de que los buenos resulten no ser tan buenos, ni los malos tan malos y que la lectura incomode más de lo que tranquilice?

### 3. Platón, el desconocido

Un segundo principio o presupuesto de la interpretación que a menudo comparten quienes traducen, comentan o simplemente leen los textos platónicos es el que podemos denominar *biográfico*. Consiste este en dar por supuesto que los textos que leemos guardan una relación privilegiada con las vicisitudes y las circunstancias de la vida de una persona, porque damos por sentado que lo que llamamos *textos* son justamente lo que esa persona

ha producido y que, por lo tanto, para entenderlos adecuadamente hay que inscribirlos en una biografía –en nuestro caso en la biografía de un ateniense del siglo IV antes de nuestra era– y preguntarse por sus particulares circunstancias personales, sociales y políticas, por sus amistades y enemistades, por las influencias que recibió, por sus ambiciones y proyectos, por sus cambios de opinión, por las empresas que acometió, por sus éxitos y sus fracasos, así como por sus frustraciones y por cuantos episodios de su vida podrían ayudarnos a explicar su obra. Acerca de este ateniense sabemos algunas cosas, muchas menos, sin duda, de las que nos gustaría; pero siempre a través de los textos que se han conservado y han llegado a nuestras manos, todos ellos sometidos a la influencia de los que con su ayuda querríamos explicar, lo que nos obliga a tomarlos con suma cautela y a no tenerlos por fuentes de las que se puedan extraer datos biográficos fiables[6].

Hemos de reconocer no obstante que, aun cuando los datos que tenemos sobre Platón fuesen absolutamente fiables, no por eso dejarían los *Diálogos* de ser enigmáticos, como prueba el hecho incuestionable de las múltiples interpretaciones que buscan un apoyo biográfico, tan diferentes entre sí que el acuerdo entre ellas hay que descartarlo definitivamente. No sabemos siquiera a ciencia cierta con qué fin fueron escritos, ni a quiénes se dirigían –si a un público amplio o solamente a un grupo restringido, que no necesariamente tendría que coincidir con el de quienes frecuentaban el círculo de sus más estrechos colaboradores–, ni cómo se dieron a la luz pública o quiénes fueron realmente sus lectores contemporáneos, aunque naturalmente se puedan hacer algunas conjeturas al respecto[7]. Lo que sí es seguro es que esos lectores no entendían por leer exactamente lo mismo que entendemos ahora[8]. Y esto nos produce aún más perplejidad, dadas las complejidades de que están llenos estos textos. Tampoco se sabe gran cosa acerca de qué otros géneros literarios con los que guardan claras similitudes pudieron haber influido en ellos de modo efectivo, aunque a este asunto se vienen dedicando en los últimos tiempos estudios muy sugestivos e interesantes, tanto sobre los antecedentes de la escritura de Platón[9], como sobre sus similitudes con la tragedia[10], con la comedia[11], con ambas[12] y con los llamados «diálogos socráticos»[13].

Por otra parte, la ordenación cronológica de los *Diálogos*, que podría haber sido una base sólida para una interpretación ligada a la biografía de su autor, es harto problemática; y ello por diversas razones. En primer lugar, los trabajos que se han llevado a cabo para fundar una cronología en datos puramente estilísticos lo único que han conseguido es dividirlos en tres